

¿El catolicismo español en crisis?

Introducción

Todos habíamos dado por supuesto, durante muchísimo tiempo, que el pueblo español era *masiva* y *auténticamente católico*. No eran pocos, entre nosotros, los que identificaban «catolicismo» con «españolismo», como si el auténtico y verdadero amor a la Patria se manifestase principalmente -casi ineludiblemente- por la profesión y la práctica de la religión católica.

Historiadores serios -no siempre creyentes- han reconocido la influencia decisiva que el catolicismo ha ejercido en la constitución y la unidad de la Nación Española y en su desarrollo cultural, familiar y social. El mismo Juan Pablo II afirmó claramente, en la homilía que pronunció en Santiago de Compostela (1982), en la Misa del peregrino, que la fe católica constituía la *identidad del pueblo español*. Y no era infrecuente, cuando se afianzó la cultura secularizada en Europa, que la Santa Sede y grupos de católicos de diversos países considerasen a España como «la Reserva espiritual de Occidente».

Todavía recuerdo la polémica que suscitó en la opinión pública española la frase que pronunció Azaña en el Parlamento, durante la Segunda República -yo ya era sacerdote-: «España ha dejado de ser católica». La reacción que se produjo en casi todos los ambientes fue extremosa. La afirmación que se repetía entonces insistentemente y con un convencimiento profundo era que «España no podía dejar de ser católica sin dejar de ser España».

¿Qué ha pasado en nuestra sociedad, durante los últimos veinte años, para que una revista sería dirigida por religiosos pueda preguntarse, comentando algunas informaciones que sé, han publicado, «¿Es España católica?».

¿Qué significado tienen algunas encuestas que se han realizado en los últimos tiempos para que otra revista semanal inicie la información sobre sus resultados con estos titulares! «Según una encuesta nacional, los españoles, menos religiosos que nadie. España cuenta con menos creyentes que Europa o los Estados Unidos»?

El fenómeno que se ha producido en nuestra sociedad es en verdad desconcertante. No es extraño que cristianos y no creyentes, asombrados y perplejos ante esa realidad, busquen sus causas para encontrar una explicación que, a primera vista, no resulta fácil.

Se multiplican las encuestas, no sé si siempre con las necesarias garantías; se hacen afirmaciones que no están suficientemente comprobadas; se publican datos y estadísticas que no coinciden; se hacen suposiciones de toda clase que no sirven más que para aumentar el desconcierto y la confusión.

Incluso estamos asistiendo a un enfrentamiento, dentro de la Iglesia, al intentar la explicación del fenómeno actual, buscando sus causas, y al hacer previsiones para el futuro. Mientras algunos cristianos -de buena fe- quieren mantener un «estado de cosas» que, queramos o no queramos, está definitivamente superado, y atribuyen el confucionismo actual a la *debilidad de* algunos grupos de cristianos -incluso de algunos Pastores- que han cedido más de lo justo ante las pretensiones de la nueva cultura secular, sacando de quicio las orientaciones conciliares, otros, con no menos buena fe, afirman que la realidad española de los últimos cincuenta años era muy distinta a la que nosotros pretendíamos significar con la frase «España católica», empeñándonos en mantener, por la fuerza de una minoría dominante, la «unidad católica» que se había resquebrajado hacía ya bastantes años. Reconocen que el catolicismo era una «herencia secular y gloriosa» pero había perdido, hace ya tiempo, su auténtico contenido en la vida y en la actuación de muchísimos españoles. Continuábamos hablando de la «España Católica» más por inercia que por exigencias de la realidad que estábamos viviendo.

Es verdad que en los últimos años nuestra sociedad -también la comunidad cristiana española- ha experimentado un cambio muy profundo que puede explicar, en parte, la situación actual de confusión y desconcierto:

- El trauma que produjo entre nosotros la celebración y las orientaciones del Concilio Vaticano II, que exigían una renovación de nuestra manera de vivir el cristianismo y no presentaban como ideal el carácter «público y exclusivo» que tenía en el régimen político de entonces;

- El desarrollo cultural, social y económico de los años sesenta abrió fuertes distancias -casi un abismo- entre la España real y la España oficial. También, entre la sociedad y la Iglesia que mantenía sus posturas anteriores;

- La transformación socio-política que ha desembocado en un régimen de mocrático y laico que quiere responder al pluralismo que, también en el orden religioso, es una realidad en nuestro pueblo;

- La campaña que están realizando sectores sociales minoritarios muy activos e influyentes en los medios de comunicación social, para combatir directamente o desacreditar solapadamente valores fundamentales de la fe y de la moral católicas, como ha denunciado el Presidente de la Conferencia Episcopal;

- La misma implantación de las libertades públicas, propias de un régimen democrático, para cuyo ejercicio no estaba nuestro pueblo suficientemente preparado;

- La voluntad de subrayar el carácter laico del nuevo Estado que fácilmente puede convertirse -y de hecho se convierte- en un laicismo cerrado y excluyente que pretende restringir la presencia de la religión en la vida social y que considera el hecho cristiano como algo íntimo y personal que debe permanecer en el interior de las conciencias o en los lugares destinados al culto.

Todos estos hechos, que se han producido simultáneamente, han zarandeado fuertemente a nuestra sociedad hasta generar una especie de convulsión que ha enturbiado la superficie de la vida social y nos impide ver con claridad las proporciones y la profundidad que tiene ese fenómeno.

No cabe duda, por ejemplo, que el catolicismo de nuestro pueblo ha perdido parte al menos de su espectacularidad, e incluso las «apariencias masivas» que tenía en tiempos no muy lejanos, y que ya no se le identifica con los valores normales de la sociedad española.

La moral católica ya no es el fundamento indiscutible de las instituciones familiares y sociales como lo había sido durante muchos años, o más bien siglos.

El «agnosticismo» -incluso la declaración de incredulidad- se está poniendo de moda en ciertos ambientes sociales y políticos.

Gran parte -la mayoría, sin duda- de la juventud española «pasa» de la Iglesia institucional, como pasa normalmente de todas las instituciones políticas y sociales; incluso, en no escasa proporción, de la misma familia.

También es cierto, por otra parte, que en estos últimos años hemos asistido a un florecimiento exuberante de las llamadas «comunidades cristianas» en las que grupos de creyentes -cada día más numerosos- buscan la profundización de su fe por un mayor contacto con el Evangelio y asumen sus responsabilidades individuales y comunitarias, tanto dentro de la Iglesia como en los problemas temporales.

Los síntomas que nos ofrece en el momento actual el catolicismo español no son fáciles de detectar, menos de descifrar. Parecen, en no pocas ocasiones, casi contradictorios. Tanto los «optimistas» como los «pesimistas» encuentran razones fáciles para apoyar sus diagnósticos.

Creo que es indispensable que no perdamos la serenidad ni nos dejemos deslumbrar por las apariencias, por la «espuma» que aparece siempre cuando el oleaje es intenso, y procuremos descubrir las corrientes profundas que están preparando el futuro. Encontrar las «razones» que explican la situación actual

y las «causas» que hayan podido producir ese fenómeno desconcertante, descubriendo su profundo significado es, a mi juicio, el único camino para desentrañar el calado del fenómeno actual y prever los horizontes de futuro.

Son bastantes los que se formulan ahora algunas preguntas a las que considero indispensable contestar:

- ¿Está en crisis el catolicismo español; cuáles son sus causas?
- ¿Se trata de una crisis de fe, suficientemente profunda para cambiar el futuro de la sociedad española o es, simplemente, una consecuencia del desconcierto de muchos creyentes que no estaban suficientemente preparados para asumir los logros de la nueva cultura y han perdido!, de momento, la seguridad en la que estaban instalados?
- ¿Corre verdadero peligro la fe del pueblo español -no olvidemos que la inmensa mayoría de los españoles son cristianos y forman parte de la Iglesia, al menos jurídicamente, porque están bautizados- o se trata sencillamente de un trauma pasajero que puede convertirse en un *gran instrumento de purificación* para que recobre nuestro cristianismo el calado que ha tenido en siglos anteriores, aunque atemperándolo a las nuevas exigencias del mundo actual?

I. Antecedentes

Hemos de reconocer, ante todo, un hecho que está en la raíz, a mi juicio, de la situación «crítica» actual del catolicismo español; «Las distancias y hasta las rupturas ocurridas en los últimos siglos, en el siglo pasado y en éste particularmente- entre la Iglesia y la civilización profana» que denunciaba Pablo VI en el discurso de clausura del Concilio, se *mantuvieron en España*, por razones muy conocidas, cuando las demás iglesias europeas iniciaban una táctica de apertura y de aproximación a las nuevas realidades culturales y sociales. El Concilio Vaticano II que sancionó, con las debidas matizaciones, esa táctica aperturista, resultó difícil de entender para muchos católicos españoles -incluidos no pocos sacerdotes- aunque lo aceptasen teóricamente por fidelidad a la Iglesia.

Nosotros nos creíamos en el deber «sagrado» de salvaguardar lo que considerábamos como la *identidad profunda del pueblo español*. Identidad que podían poner en peligro las nuevas corrientes y los nuevos progresos científicos y sociales. Temíamos que ese nuevo clima, que irrumpía en el mundo, socavase la fe sencilla e ingenua, pero auténtica, de nuestro pueblo creyente.

Nos sentíamos «diferentes» a las demás naciones de Europa. Y era verdad que nuestra manera de vivir el cristianismo y nuestra configuración política eran diferentes. El típico «orgullo español» se manifestaba en la postura de defender a ultranza nuestra personalidad peculiar.

Esto creó un clima psicológico -tanto en el orden humano como en el cristiano- que nos empujaba a todos, también a los obispos, a tomar posturas «defensivas» que nos alejaban^ cada vez más, del ambiente cultural y religioso de Europa.

a) Fomentábamos el «aislamiento» -propiciado también por las otras naciones- tanto en el campo político como en el teológico. Considerábamos «peligrosas» las influencias que, en uno u otro campo, nos llegaban de los otros países.

Teníamos la sensación de que el mundo «no nos entendía» ni hacía ningún esfuerzo para entendernos.

Incluso llegábamos a creer que éramos nosotros, los españoles, los que estábamos defendiendo los valores espirituales y cristianos contra los embates de las sectas o las corrientes políticas que los combatían con furor. La apertura a los nuevos hallazgos culturales y sociales nos parecía una debilidad. Una falta de fe y de patriotismo.

- Teníamos el convencimiento de que los valores morales que conservaba todavía nuestro pueblo eran los únicos que podían evitar el «ocaso de Occidente».

Creíamos, por lo tanto, que debíamos tomar una actitud «definida» ante la irrupción secularista y que debíamos recibir con recelo, casi con hostilidad -considerándolos como herejías- los «nuevos valores» que se estaban consolidando en el mundo occidental como consecuencia del humanismo moderno y que, con apariencias de progreso, podían encerrar algún peligro para los valores tradicionales:

la defensa de la dignidad y de los derechos del hombre que suponían, a nuestro juicio, un olvido de los derechos de Dios;

la independencia de la sociedad política que ha asumido su plena y total responsabilidad en su propio campo sin admitir injerencias extrañas, incluso de orden religioso, haciendo imposible un régimen de confesionalidad oficial que nosotros considerábamos corrió indispensable para mantener la «unidad católica»;

el valor propio del orden temporal, ya que «por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de *consistencia, verdad y bondad* y de un *propio orden* que el hombre debe respetar», como ha reconocido el propio Concilio; y que a nosotros nos resultaba peligroso porque limitaba la acción de la Iglesia en la sociedad;

- *Manténíamos un recelo apriorístico* ante los progresos científicos y técnicos que podían crear conflictos en la conciencia poco formada de muchos de nuestros cristianos y desbaratab^ la formación teológica y moral de los sacerdotes;

- *Defendíamos con tesón la rigidez -la letra- de la ley* sobre la conciencia personal porque teníamos miedo al «pluralismo» que ponía en peligro la unidad cristiana que nosotros confundíamos, prácticamente, con la uniformidad;

-Estábamos convencidos de que *debíamos mantener la vinculación de la Iglesia a un régimen político*, consecuencia de una guerra entre hermanos, en la que la Iglesia se *vio obligada* a tomar postura por uno de los bandos, con las impurezas inevitables en cualquier situación política que, al menos externamente, salpicaban a la misma comunidad cristiana.

- Esta postura nos hacía ignorar, en la práctica, los grandes logros de la cultura moderna y casi nos obliga a enfrentarnos con la *nueva sociedad* que iba surgiendo en España como consecuencia de la revolución científica, técnica e industrial.

No podemos olvidar que, tardíamente y en muy pocos años, el cristianismo español ha tenido que enfrentarse con grandes fenómenos históricos que a otros países les ha costado siglos de luchas y revoluciones. ¿Puede extrañar demasiado que no acertáramos a «ponernos en línea» con la rapidez que exigían los acontecimientos mundiales; que grupos numerosos de cristianos se sintiesen cada día más incómodos en esa situación ambigua; que no pocos intelectuales acusasen a la Iglesia de haber cerrado el camino a la «modernidad»?

También es lógico que los que se sentían «marginados» en un régimen oficialmente católico -incluso creían que eran atacados y condenados por la Iglesia-, al considerarse «liberados» de lo que ellos creían una injusta opresión, propicien, con sus exageraciones inspiradas no pocas veces en un espíritu re-vanchista instintivo, ese fenómeno desconcertante al que estamos asistiendo.

Aires de tormenta están azotando, al parecer, al catolicismo español. Cuál sea la fuerza y la profundidad de la misma es lo que debemos averiguar.

Hemos de subrayar, al propio tiempo -es otro elemento indispensable que hemos de tener en cuenta para plantear el problema en su justa dimensión- que la Jerarquía de nuestra Patria, aunque quizá con un poco de retraso -muy explicable, por otra parte-, asumió una postura clara y decidida que se concretaba en unos *compromisos fundamentales* que sirvieron para abrir caminos de renovación y de esperanza en momentos especialmente difíciles. Y que, aun *no siendo asumidos gozosamente por todos los cristianos*, señalaban claramente la postura de la Iglesia institucional. Compromisos que han olvidado, al parecer, no pocos españoles -incluso los que se beneficiaron de ellos- para poder atacar a una Iglesia que, realmente, no es la Iglesia española actual.

Es evidente que, desde los años setenta al menos, la Conferencia Episcopal Española, apoyándose en la doctrina conciliar y refrendada por la Santa Sede, ha ido tomando actitudes claras, abriéndose a las exigencias de una sociedad que iba cambiando rápidamente y haciendo esfuerzos dignos de elogio -lo reconocieron en su tiempo todos los políticos, también los llamados de «izquierda»- para evitar un nuevo enfrentamiento entre los españoles, especialmente por motivos religiosos.

Que esos compromisos sirvieran de razón -o de pretexto- para que en el seno de la misma comunidad cristiana surgiesen tensiones y hasta conflictos, es una razón más que explica la situación actual del fenómeno que estamos estudiando. Pero es indispensable referirnos a ellos, aunque sea brevemente, para enjuiciar acertadamente el carácter de la confusión y del desconcierto actuales.

Porque esos objetivos que se propuso la Conferencia Episcopal han influido real y decisivamente en la evolución de la comunidad de los creyentes. También en la serenidad con que se consiguió la transición de un régimen personal a la democracia. Fueron los que iniciaron la renovación de la Iglesia que pasaba de un clima de cristiandad a una iglesia preferentemente evangelizadora, lo que no puede conseguirse sin graves dificultades.

Los compromisos principales que adquirieron los obispos, y con ellos la inmensa mayoría de los cristianos, -la Iglesia- fueron los siguientes:

1) *Proclamar y defender su independencia como Iglesia*, renunciando a todo poder político, social y económico y a los muchos «privilegios» que habían venido disfrutando durante siglos. Era la única manera de recobrar su libertad en un mundo pluralista, de llevar a cabo con eficacia su misión estrictamente evangelizadora y de poder actuar como «conciencia crítica» del «poder» y de la misma sociedad.

Como consecuencia de esa actitud honradamente asumida, pude decir en la homilía que pronuncié con motivo de la proclamación del Rey: «Para cumplir su misión, Señor, la Iglesia no pide ningún tipo de privilegio. Pide que se le reconozca la libertad que proclama para todos. Pide el derecho a predicar el evangelio entero, incluso cuando su predicación pueda resultar crítica para la sociedad concreta que se anuncia. Pide una libertad que no es concesión discutable ni situación pactable, sino el ejercicio de un derecho inviolable de todo hombre».

2) *Servir a la nueva sociedad que surgía con fuerza irresistible y que exigía el reconocimiento de todas sus libertades, cooperando con todos los grupos políticos y sociales para recuperarlas sin tener en cuenta las ideologías concretas de los mismos.*

3) *Ser instrumento de reconciliación* entre todos los españoles, evitando para el futuro nuevos enfrentamientos y superando tanto el espíritu de «cruzada» como el «anticlericalismo» de tiempos anteriores.

4) *Convertirse en defensora de los derechos humanos* y proclamar la necesidad urgente de instaurar entre nosotros una auténtica justicia social mediante:

una equitativa distribución de las riquezas,

la superación de las profundas diferencias sociales que hacían de nuestro pueblo una sociedad «clasista»,

y la pérdida de «privilegios» que mantenía con afán una clase social determinada.

Su solidaridad con los pobres y sus intervenciones públicas en nombre de los que «no tenían voz» fue manifiesta -escandalosa, para muchos- en los últimos años del régimen anterior.

5) *Buscar con interés unas formas efectivas de relación con la nueva sociedad y de diálogo con los poderes políticos, económicos y sociales desde su propia naturaleza de sociedad espiritual y religiosa*, encarnada en el mundo pero sin confundirse con él.

Consciente de que esa actitud eclesial se había! mantenido durante varios años con honradez, pude decir en el discurso de apertura de la XVIII Asamblea Plenaria del Episcopado, en febrero de 1978: «Hoy, doce años después de la creación de la Conferencia Episcopal Española, creo que nuestra sociedad puede comprender -y de hecho ha comprendido- que su actitud en esta época de transición ha sido clara, digna y *estrictamente eclesial* e incluso, que ha salido fortalecida de la dura prueba a que en algunas ocasiones fue sometida. Dejemos a la historia el recuerdo y la valoración».

Porque no debe olvidarse que esa actitud de la Iglesia -que significaba un distanciamiento real del régimen- encontró una incompreensión y hasta una resistencia que me atrevería a calificar de feroz en aquellos momentos en que fue asumida. Y los obispos éramos conscientes de las dificultades que íbamos a encontrar y que degeneraron en una auténtica «persecución» contra determinados obispos, sacerdotes y grupos de cristianos comprometidos.

6) *Asumir*, consciente y responsablemente, *una activa neutralidad política* por la que:

reconocía la competencia exclusiva de los políticos -individuos y partidos-en la ordenación de los asuntos temporales y en la gestión política;

se desligaba de todo partido político, sin que ninguno de ellos pudiese presentarse como «partido católico» o se creyese, como: grupo, apoyado «especialmente» por la Jerarquía;

y afirmaba la *licitud del pluralismo* en las opciones políticas de los católicos.

* * *

Es verdad que los hábitos seculares mantienen su vigencia, casi inconscientemente, aunque se hayan tomado decisiones distintas. No pocas veces, los mismos obispos, nos dejábamos llevar por la fuerza de la tradición y no éramos del todo consecuentes con los compromisos tomados.

Algunos grupos de cristianos-los que se consideraban más fieles a la fe y a la tradición española- nunca acabaron de aceptar de corazón esa actitud de la Jerarquía.

Esta es una causa más de la confusión que se ha producido en la comunidad cristiana. Pero es clarísimo, sin embargo, que no sé puede criticar o censurar agriamente a la Iglesia en nuestros días, olvidándose de esa realidad. Y que esa actitud de la Jerarquía -apoyada por la inmensa mayoría de los católicos conscientes y responsables- sirvió en unos momentos determinados para abrir horizontes de luz y de esperanza al catolicismo español. Actualmente, está inspiando todavía la actitud de los obispos españoles y de los cristianos comprometidos.

La Iglesia española no puso dificultades a la implantación de la democracia. Con su tarea de reconciliación facilitó extraordinariamente el cambio. Incluso proclamó abiertamente que la democracia, en cuanto significa la participación activa de todos los ciudadanos en la gobernación del Estado, está muy de acuerdo con la naturaleza racional del hombre, como había dicho Pío XII en uno de sus mensajes navideños.

«La Iglesia -pude decir en 1978 y me atrevo a repetir ahora- es independiente, quiere ser independiente, está decidida a ser independiente tanto en la gestión política como de todos y cada uno de los partidos políticos. La Iglesia, que nunca miró con temor la llegada de la democracia y tampoco hoy la mira con temor alguno, no patrocina, dirige o apoya a ningún grupo político, sea el que sea, lleve los apellidos que lleve, se coloque donde se coloque dentro del arco parlamentario. La Iglesia respeta -y lo hace gozosamente- las decisiones del pueblo español manifestadas en pasadas o futuras elecciones y *está dispuesta a convivir y colaborar* con cualquier grupo político que respete y promueva los derechos del hombre, que aspire y trabaje por la realización de la justicia y que respete íntegramente la libertad de todos, y la de los creyentes entre ellos».

Si añadimos que la celebración del Concilio produjo un verdadero trauma en nuestro pueblo, con grandes desorientaciones de conciencia en los cristianos que se creían más fieles, se explica perfectamente el desconcierto y la confusión de estos últimos años.

Muchos no eran capaces de entender, menos de asimilar, los documentos más característicos de la Asamblea Conciliar». La mayor «apertura al mundo» moderno que patrocina la Constitución *Gaudium et Spes*; el reconocimiento de la «libertad religiosa» en el ordenamiento civil, como un *derecho inalienable de la persona* como propone claramente el Decreto *Dignitatis Humanae*; el «diálogo ecuménico» con los que el Concilio llama «hermanos separados» y a los que habíamos considerado siempre como enemigos de la Iglesia y de la Patria; diálogo que se asume honradamente en el Decreto *Unitatis redintegratio*, resultaban «novedades peligrosas». Significaban, ajuicio de muchos, una «ruptura» con nuestra auténtica tradición secular.

Es lógico que muchos españoles -católicos y no creyentes- intenten «quemar etapas» impulsados por un «secreto complejo de retraso» y quieran transformar todos los «signos» que recuerden nuestra conducta anterior.

No faltan tampoco los cristianos -incluso algunos que se apellidan teólogos- que se lanzan a aventuras peligrosas, asumiendo las «utopías» de la nueva cultura, como si se tratase de dogmas de fe, para no hacerse cómplices de la «culpabilidad» -según ellos- de las generaciones anteriores y de la «Iglesia oficial» que se había instalado en unas coordenadas históricas, sin ninguna previsión de futuro.

Creo que todas esas razones explican perfectamente el fenómeno que analizamos con el desconcierto que se manifiesta intensamente, esa es la verdad, en casi todos los ambientes.

¿Qué alcance tiene esa situación desconcertante que estamos presenciando? Definitivamente, ¿cuál es el diagnóstico que podría hacerse -con la mayor objetividad posible- del catolicismo español en los momentos actuales?

II. Realidad del catolicismo en España

«Es demasiado para un país y para una Iglesia tener que vivir al mismo tiempo varias crisis históricas», ha escrito alguien, refiriéndose a la realidad del pueblo y de la Iglesia en España. Es natural que en esas circunstancias se encespen las olas, aparezcan manifestaciones públicas extrañas y se produzcan hechos desconcertantes. Estudiar esa realidad sobrepasa los límites de este trabajo.

Lo que nos interesa especialmente es conocer la situación exacta del catolicismo español -de la comunidad cristiana y eclesial-, con sus luces y sombras, con sus aciertos y errores, para calibrar la reacción comunitaria ante una situación, que podríamos llamar de emergencia, e intentar un diagnóstico de la realidad actual que pueda servirnos de orientación para vislumbrar el futuro.

Es verdad que el panorama que nos ofrece la sociedad española, a juzgar por los medios de comunicación social y por algunas reacciones de grupos sociales ante leyes contrarias a la doctrina católica -las leyes del divorcio y del aborto, por ejemplo; la orientación de la Ley Orgánica de la Enseñanza- es muy distinto al de hace unos años.

Si uno compara, por ejemplo, lo que aconteció en los años treinta ante leyes «sectarias» o simplemente «permisivas» con criterios no cristianos, con la realidad actual, ha de confesar que algo y muy profundo ha cambiado en la sociedad española.

Pero no es éste el objetivo de mi reflexión. Yo intento sencillamente bucear en la realidad de la vida y de los comportamientos de los católicos españoles -del Pueblo de Dios, presidido por sus Pastores- para detectar, con la mayor objetividad posible, los efectos que han producido esas causas y si, en realidad, como dicen muchos, se ha producido un auténtico deterioro en la fe y en la vida de los cristianos o, por el contrario, a pesar de ciertas realidades que han podido causar escándalo, el catolicismo español, aun estando más problematizado que en años anteriores, está acertando a reaccionar positivamente para ahincar con más fuerza las raíces de su fe y purificarse de «tradiciones» que habían perdido su vigencia. ¿Cuál es la situación exacta del catolicismo español en los momentos actuales?

Los tres problemas principales del catolicismo español

Al catolicismo español se le presentaron, como consecuencia de esas crisis históricas, tres problemas profundos y graves que todavía no están plenamente resueltos. Alguno de ellos quizá no esté seriamente planteado:

- *la crisis de identidad*, que desconcertó a muchos sacerdotes, religiosos y militantes cristianos;
- *la falta de un pensamiento teológico serio*, capaz de ser *objetivo* para entablar un diálogo en profundidad con la nueva cultura y con los investigadores en los distintos campos del saber;
- *la búsqueda de una nueva forma de mediación* de la Iglesia en una sociedad democrática y pluralista, que exige una presencia distinta del «hecho religioso», y una palabra apropiada que no puede ser *exclusivamente* la de los Pastores.

A)

- La encuesta que se hizo entre el clero diocesano, en los años sesenta, como preparación para la Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes, detectó esa crisis de identidad en ciertos grupos de sacerdotes seculares.

Esa crisis fue adquiriendo mayor amplitud y profundidad en años sucesivos, provocando complejos de inutilidad y de fracaso en muchos de ellos que, incapaces de superarla, abandonaron el sacerdocio con gran escándalo del pueblo cristiano;

- La renovación de la vida religiosa patrocinada por el Concilio, agitó con fuerza las aguas tranquilas de muchas Ordenes y Congregaciones Religiosas. También, en no pocos de sus miembros, se manifestó la crisis de identidad con la escuela de secularizaciones;

- La evolución que se iba produciendo en los movimientos del apostolado seglar, por la iniciativa que daba a los laicos la doctrina conciliar; y las dificultades, cada día mayores, que encontraban los movimientos especializados en un régimen que se iba endureciendo con los años -sin que la Jerarquía, según ellos, les apoyase eficazmente ante las dificultades «políticas»- hizo que no pocos cristianos se planteasen el problema de su autenticidad cristiana y de cómo servir mejor a los «pobres» con espíritu evangélico. Se produjeron también abandonos, y algunos de ellos salieron de la Iglesia para asumir una militancia política o sindical, al margen de la fe.

No podemos afirmar, si queremos ser sinceros, que se haya superado, al menos totalmente, esa crisis de identidad. Es necesario constatar, sin embargo, que está volviendo la serenidad al ánimo de la inmensa mayoría de sacerdotes, religiosos/as y aun de los cristianos comprometidos.

Está superada, por una parte, la imagen del sacerdote que habla de vivir «alejado» de las realidades de los hombres, dedicado exclusivamente a su quehacer cultural y religioso. Y aunque es verdad que la reacción contra el «espiritualismo» -mejor «angelismo»- anterior fue, en los primeros momentos, exce-

siva, subrayándose la necesidad de la encarnación con peligro de la trascendencia -del carácter de «persona sagrada» propio del sacerdote-, no es menos cierto que se va recobrando el equilibrio y no será difícil conseguir la «síntesis» entre lo antiguo -lo esencial- y lo moderno -lo existencial- para conseguir el «ministro del evangelio» que está necesitando y exigiendo el mundo de hoy.

Se está recobrando también la calma en la mayor parte de las Ordenes y Congregaciones religiosas, con un acercamiento al mundo -sobre todo a los «pobres»- que les obliga a vivir más radicalmente el evangelio y a entender que también la «oblación total» propia de la vida religiosa y el camino específico de «perfección evangélica» que ellos siguen, tiene que revertir en beneficio del hombre: «pro eis», como la oblación redentora de Cristo.

Es normal en nuestros días encontrar en casi todas las parroquias grupos de cristianos «comprometidos», intra y extra eclesialmente, que han superado su «cristianismo tradicional» por una auténtica opción por Cristo y por los hombres, que son las dos vertientes ineludibles de toda vida cristiana.

Ha sido difícil -no podía menos de serlo- esa renovación profunda que debía producirse en la vida cristiana, sacerdotal y religiosa y que había de consistir esencialmente en una vuelta clara al evangelio, superando las encarnaciones «temporales» que se han ido produciendo a través de los siglos. Ha sido difícil. Y ha sido una verdadera pena, una auténtica tragedia a mi juicio, que tantos sacerdotes, religiosos y militantes cristianos hayan sido incapaces de solucionar esos obstáculos.

Creo que esa tribulación que ha sufrido la Iglesia en España ha sido una purificación -dolorosa, pero necesaria- que ha permitido el Señor y que está abriendo ya horizontes de esperanza.

B)

El diálogo cultura-fe que quiso iniciar el Concilio y que el Papa actual ha fomentado de manera extraordinaria, adquiriría en nuestra Iglesia una urgencia especialísima, por lo que he dicho anteriormente. Quizá por esta razón insistió reiteradamente Juan Pablo II ante los científicos y ante los teólogos españoles en la necesidad del mismo.

Me llamó la atención la energía con que subrayaba ante los teólogos, reunidos en Salamanca, esa urgencia: «Sabed ser *creativos* cada día», les dijo. «Para lo cual, añadía, habéis de estar *en vanguardia* de las cuestiones actuales» a fin de hacer «la *nueva síntesis* del misterio de Dios, del misterio de Cristo y del misterio del hombre».

Existen en España, actualmente, unas cuantas Facultades teológicas -Comillas, Salamanca, Navarra, Granada, etc.- en las que se trabaja con seriedad e ilusión. Creo que está surgiendo un pensamiento teológico español que responde a la situación actual de la Iglesia y de la sociedad españolas.

Tengo la convicción, sin embargo, de que no se ha asumido con la suficiente profundidad la tarea que el Papa señalaba a los teólogos españoles. Incluso que no se ha planteado de una manera eficiente.

Porque no es suficiente que cada una de las Facultades o Universidades de la Iglesia se proponga esa finalidad. Es indispensable una sincera colaboración entre ellas.

Ni es suficiente que los teólogos, por su parte, se esfuercen en hacer esa nueva síntesis que el Papa les señala. Es indispensable que la investigación teológica se contraste con los progresos de las demás ciencias humanas. Que las Universidades de la Iglesia den cada día mayor importancia a los estudios humanísticos e incluso a otras parcelas del quehacer científico para que se pueda realizar en ellas esa labor «interdisciplinar» a la que también aludía el Pontífice. Y que, al propio tiempo, den cabida en su reflexión a los cultivadores de las otras ciencias y a los representantes más calificados de la cultura.

Creo que es indispensable, como ha escrito un teólogo actual, que la Iglesia española «se acerque a todos aquellos intelectuales a los que, por haber sido forzados a aceptar junto con el credo de los apóstoles otros muchos credos de otro orden, los ha puesto al borde de la fe y los ha hecho sentirse no creyentes, cuando en el fondo del alma casi siempre deseaban seguir siéndolo». Y no tengo la seguridad de que este acercamiento -que exige un pensamiento teológico serio como condición previa- se haya intentado todavía. Es el problema que, a mi juicio, no ha sido debidamente planteado.

Y éste es para mí un problema fundamental. La vitalidad pastoral y evange-lizadora que se está manifestando en nuestra Iglesia necesita inexorablemente de una vitalidad teológica que la alimente, le de consistencia y abra los cauces adecuados. Y nuestros católicos españoles, zarandeados por esas crisis tan profundas, necesitan que se les clarifique, desde el evangelio y desde la teología, la forma con que hoy han de vivir y testimoniar su fe. También el pueblo español en general precisa de esa nueva síntesis entre fe y cultura que facilite el hallazgo de las bases comunes de la convivencia social, sin romper con la historia, pero reconociendo los nuevos valores de la civilización actual.

C)

La presencia de la Iglesia en la sociedad -en todos los campos de la misma, incluso en el político- ha tenido unas características, hasta ahora, que no se pueden mantener ante una realidad social democrática y pluralista. Pero también ahora tiene la Iglesia el deber de hacerse presente en la sociedad, como una consecuencia ineludible de la misión que ha recibido de Cristo.

Si la Iglesia ha de ser «luz del mundo», no puede «escondarse bajo el celmín». Si ha de ser «levadura» que fermente la masa del mundo, no puede encerrarse en los templos; ha de mezclarse con ese mundo al que ha de sazonar. Si ha de ser «sal de la tierra», ha de vivir en la tierra, inserta en la sociedad de los hombres.

La Iglesia tiene, por voluntad de Jesucristo, una *misión mediadora* entre Dios y el hombre a la que no puede renunciar. Si el hombre vive y se realiza plenamente en la sociedad esa dimensión mediadora habrá de tener un carácter o una dimensión social.

Es lógico que para mediar entre dos se atempere a las exigencias de ambas partes. Incluso en la presentación del «mensaje» no podrá limitarse a guardar el tesoro doctrinal del pasado. «Ha de hacer posible su acogida en el modo de pensar y de hablar de nuestro tiempo», como ha recordado el Papa. Y en sus formas de presencia -incluso en el tono de su palabra- tendrá que acomodarse a la sensibilidad del pueblo en el que ejerce su mediación.

Hasta ahora han sido siempre los obispos -y sus colaboradores necesarios, los sacerdotes- los que han hecho presente a la Iglesia, por su palabra y por su testimonio, en el entorno social y hasta político. Hasta el extremo de que muchos cristianos confundían Iglesia con Jerarquía.

En los tiempos de la «unidad católica» y del «catolicismo oficial» parecía lógica una presencia dogmática e impositiva por parte de los cristianos que, teóricamente, al menos, podían exigir que la legislación y la conducta de los políticos se conformase con la doctrina y con la moral católica, ya que ellos la aceptaban como base de su misma acción en el campo de lo temporal.

Incluso era natural que cuando las libertades de expresión no estaban suficientemente garantizadas, asumiesen los obispos, por subsidiariedad-para ser la voz de los que no tenían voz- un protagonismo en ciertos temas que no les correspondía estrictamente.

Hoy la Iglesia debe terciar en el diálogo que libremente mantienen los distintos grupos sociales y políticos. Ha de dejar en manos de los laicos las tareas específicas que el mismo Concilio les señala. Ni el tono dogmático o impositivo, ni su intervención en problemas comunes que no son propios de los católicos, pueden mantenerse.

Creo, sinceramente, que en este aspecto se han realizado verdaderos progresos, a pesar de las «protestas» de algunos ante intervenciones episcopales que estaban plenamente justificadas. Pero ni se ha promocionado suficientemente a los seglares cristianos para que, bajo su responsabilidad, realicen sus tareas propias, como católicos y ciudadanos, ni quizá hayamos sabido encontrar *apalabra adecuada* para un pueblo que está estrenando libertades-sin que acierte a responsabilizarse adecuadamente en el uso de las mismas- y que está reaccionando excesivamente contra los dogmatismos e imposiciones de antes.

Luces y sombras

Junto a estos problemas básicos existen en el catolicismo español «luces» y «sombras» que habría que valorar seriamente para hacer un diagnóstico objetivo y real. Bastará enunciar unas y otras para no alargar excesivamente este trabajo.

Yo señalaría como sombras:

- La *relativización del concepto de pecado*, con la consiguiente crisis de la confesión personal. El ambiente secularista ha hecho olvidar la ofensa a Dios que encierra todo pecado para no fijarse más que en el daño a los hombres;

- El *descuido de la oración personal* con la excusa de la mayor importancia objetiva de la oración litúrgica o con el pretexto de que todo servicio al hermano es una auténtica oración;

- *La escasez de vocaciones* consecuencia, en parte, de la crisis de identidad a la que me he referido y de la poca atención al gran problema de la juventud actual que no se siente comprendida ni acogida por la Iglesia;

- *La falta de una auténtica coherencia* en muchos cristianos entre la profesión y hasta la práctica de la fe y los compromisos humanos, tanto en el orden económico como político;

- *La desvalorización del «magisterio auténtico»*, tanto del Papa como de los obispos, con el consiguiente resquebrajamiento de la disciplina y de la obediencia;

- *El peligro de un temporalismo excluyente* como reacción contra el espiritualismo anterior, que quitaría su auténtica *originalidad* al cristianismo, como advirtió Pablo VI.

- Las afirmaciones ligeras -algunas más bien absurdas- que algunos sacerdotes propalan sin una suficiente reflexión teológica, y que desconciertan al pueblo fiel;

- *La falta de aceptación del diálogo* dentro de la Iglesia y en relación con el mundo, que retrasa más de lo justo la auténtica renovación del pueblo de Dios y resta eficacia a la acción evangelizadora.

Junto a estas sombras existen también luces que abren horizontes de esperanza mirando al futuro de nuestra Iglesia. Algunas de ellas suponen, a mi juicio, una renovación profunda de la conciencia cristiana que augura tiempos mejores.

Podrían recogerse los siguientes elementos positivos:

- *Una vuelta sincera al Evangelio* entre los sacerdotes, comunidades religiosas y grupos de cristianos comprometidos. Con fallos todavía, pero con un afán de autenticidad que está produciendo frutos importantes;

- *La convicción ya general de que la Iglesia no debe apoyarse en los poderes humanos-políticos, económicos o sociales-* y que no debe poner su esperanza en los «privilegios», sino en el reconocimiento de su libertad evangélica;

- *La asunción de su tarea reconciliadora*, tanto en el aspecto religioso como en el puramente humano, siendo los creyentes instrumentos de comprensión mutua, de respeto a los demás, de convivencia en paz haciendo imposible un nuevo enfrentamiento entre los españoles por motivos religiosos;

- *La proliferación de las llamadas «pequeñas comunidades cristianas»* que, con diversos nombres -carismáticas, neocatecumenales, cursillos de cristiandad, populares, parroquiales, etc.- están siendo una prueba evidente de la vitalidad de la comunidad católica española que, aunque creen algunos problemas -inevitables por otra parte-, están sirviendo para educar seriamente en la fe a muchísimos cristianos y marcar el camino para un nuevo testimonio colectivo en esta sociedad de masas.

- *La participación activa y responsable* de muchos católicos en los actos litúrgicos, que fomenta el carácter comunitario de la fe y de la vida cristiana, superando el individualismo anterior;

- *La sensibilización de la Iglesia oficial y de los cristianos* ante los problemas más graves de nuestra sociedad: el paro, la violencia, etc., participando, en la me-

dida de sus posibilidades, en remediar sus consecuencias;

- *El poder de convocatoria* que va recobrando la Iglesia con respecto a sectores amplios de la juventud, como se manifiesta con las «pascuas juveniles»; con los jóvenes, cada vez más numerosos, que se comprometen como «agentes de pastoral juvenil»; con los congresos, cada vez más serios y con mayor número de asistentes, que con carácter nacional o diocesano se vienen celebrando.

- *El realismo de la Conferencia Episcopal Española* en estos últimos años, que está sabiendo detectar los problemas más acuciantes de la comunidad cristiana hoy, dando orientaciones oportunas para encauzarlos debidamente.

Conclusión

El Espíritu Santo está asistiendo eficazmente a la Iglesia; también a la Iglesia española. Los momentos difíciles que estamos pasando en ésta, que podríamos llamar «auténtica reconversión de la sociedad», están sirviendo de estímulo y de acicate para conseguir *resituarse a la Iglesia en la modernidad* y conseguir la purificación del catolicismo español, profundo y auténtico sin duda, pero que se había dejado aprisionar por usos y costumbres -«tradiciones»- que, siendo legítimas y buenas en unos tiempos determinados, habían perdido su vigencia.

Todos hemos tenido que sufrir durante estos años de los cambios profundos. Se han revuelto las aguas; se han distorsionado muchas conciencias; se han producido hechos lamentables; se ha vivido una época de inseguridad que ha provocado deserciones muy tristes.

Mi conclusión, sin embargo, al terminar estas reflexiones, es francamente optimista respecto al futuro. Porque estoy «viendo» la acción del Espíritu que «sabe sacar bienes de los mismos males», y que ha permitido esa purificación dolorosa «para bien de los que aman a Dios», según la frase de San Pablo.

La transición no ha terminado. No ha vuelto la serenidad completa a los espíritus. Continúan existiendo dudas, vacilaciones y hasta retrocesos muy explicables en estos «tiempos tan recios». Pero yo me atrevería a decir, para terminar, que el catolicismo español goza de buena salud, aunque no sea aquel catolicismo masivo de antes, que muchos añoran y que no se manifiesta tan claramente en la realidad social.

Creo que continúan siendo válidos los objetivos que señalaba hace unos cuantos años la Iglesia para los próximos años:

- Diferenciar muy claramente el campo de la Iglesia y de la sociedad;
- Consolidar interiormente a la propia Iglesia;
- Sentir profundamente la responsabilidad misionera y
- Buscar con afán la contribución específica que ella debe dar para orientar y resolver los problemas de los hombres.

El juicio global sobre la actualidad del catolicismo español es positivo. El futuro del mismo depende de nuestra fidelidad a las inspiraciones del Espíritu y de nuestra decisión en afrontar los nuevos problemas que se nos vayan presentando.

V.E.T.*

* Cardenal de la Iglesia Católica. Arzobispo jubilado de Madrid.